

yos de biología histórica de Gregorio Marañón sobre Enrique IV y de Gonzalo Moya sobre Pedro el Cruel, más todo el costumbrismo y la evocación que se quiera, con sus limitaciones pero también con sus aciertos de color y frescura. Y la novela histórica, centrada en la crónica colosal y la rebusca minuciosa de detalles en los «Episodios nacionales» galdosianos.

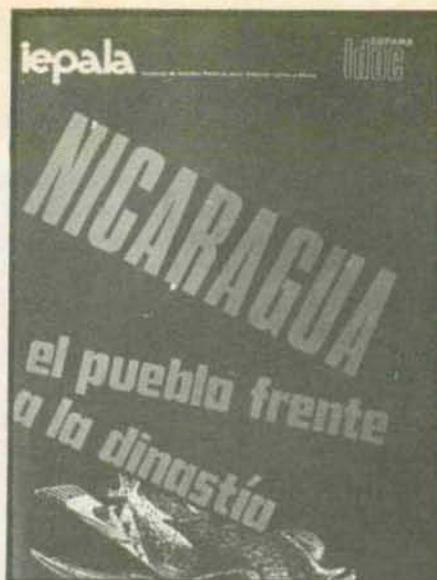
El director y muchos de los colaboradores de «La historia informal» somos hispanoamericanos. Esto merece dos palabras. En principio, por entender que la historia de España, sintetizada en el conquistador, hasta el momento de la conquista, pasa a ser un componente de nuestra propia historia. Luego, porque el espacio histórico es común durante los siglos del imperio español en América. Por fin, porque muchos componentes hispánicos siguen protagonizando la vida de las «repúblicas» durante gran parte del siglo XIX, aun después de la independencia. Y, si cabe, porque el modelo de fondo para construir la obra es iberoamericano, pues se trata de la trilogía sobre la historia brasileña («Casa grande y senzala», «Sobrados y mucambos», «Orden y progreso») del brasileño Gilberto Freyre. La historia de nuestra informal historia, en manos de los lectores, dirá el resto. ■ **BLAS MATAMORO.**

NICARAGUA

Los recientes acontecimientos de Nicaragua —las huelgas y manifestaciones, la intervención guerrillera, la represión gubernamental y el «restablecimiento de la situación», cuando ya algunos cantaban la caída del régimen somocista— han puesto de actualidad la realidad de este pequeño país centroamericano de ajetreada historia contemporánea. El IEPALA (Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África), que tiene en su haber estudios sobre el Sahara ex español, Brasil, El Salvador, la Iglesia latinoamericana, Sudáfrica, etc., acaba de publicar, oportunamente, un análisis exhaustivo sobre Nicaragua (1).

En la línea de sus anteriores «cuadernos», el equipo del IEPALA describe en primer lugar la base geográfica, la composición étnica y la estructura social de la población.

(1) **Nicaragua, el pueblo frente a la dinastía** (IEPALA, Madrid, 1978).



Pasa luego a la historia económica y a la situación actual de la economía: la agricultura oligoproductora (café, azúcar, algodón, banano), típicamente colonial; la industria, apenas esbozada; un comercio apenas desarrollado, todo ello en manos de Estados Unidos, y, naturalmente, de la familia Somoza.

Más «actual», a causa de los recientes acontecimientos, es el análisis de la situación política, la herencia colonial que condicionó la evolución posterior; el intento de Sandino, frustrado, en los años 30, con el consiguiente afianzamiento de la dinastía somocista; el surgimiento de una oposición organizada entre los años 40 y los 50, destacando el Frente Sandinista de Liberación Nacional, protagonista de los recientes intentos. Finalmente, el terremoto de 1972, momento en que culmina la corrupción del régimen, y en el que éste inicia su deterioro, que culmina a su vez en 1978, luego artificialmente detenido.

La última parte, la menos conocida del lector español, la forma el estudio de la penetración ideológico-cultural estadounidense a través de los medios de comunicación y de las instituciones educativas; el del papel de la Iglesia católica nicaragüense, que ha pasado de una actitud conservadora a una radicalización ideológica que, salvo excepciones revolucionarias, limita con el reformismo.

El punto final lo pone un capítulo sobre la violación de derechos humanos en Nicaragua. Hay que añadir algunos apéndices: «El poder económico de los Somoza»; «Principales inversiones extranjeras»; «Lo que fue Solentiname» (un intento frustrado de movilizar a una comunidad campesina); y una «Carta del padre Gaspar García Laviana». ■ **C. A. C.**

APOGEO Y CRISIS DEL «MODELO» PERUANO

A partir de los supuestos teóricos e ideológicos que condicionan toda interpretación del acaecer histórico e, inexorablemente, con mayor fuerza aun aquellos acontecimientos que son contemporáneos del observador, José Deniz (1) examina —de manera casi descriptiva— los aspectos más significativos del periodo que comienza, en Perú, el 3 de octubre de 1968, cuando los militares ponen fin al gobierno constitucional de Fernando Belaúnde Terry. El general Velasco Alvarado, que asumía la presidencia de la república secundado por un equipo ministerial integrado por militares, anunciaba, casi inmediatamente, la implantación de un modelo «nacional, humanista, cristiano, socialista y antiimperialista». Se iniciaba, entonces, una experiencia que los sectores más progresistas de Iberoamérica examinarían, durante cierto tiempo, en actitud expectante.

La última etapa de la democracia representativa había entrado, en el país, en una fase de insostenible crisis política, económica y financiera. Perú no escapaba, en líneas generales, al esquema que se venía acentuando a escala continental y que presentaba frecuentes picos de conflictividad. Por consiguiente, el golpe militar protagonizado por un grupo de generales y coroneles en el país andino, poco agregaba de original a la historia conocida. Pero se convirtió inmediatamente en novedad cuando se advirtió que no se trataba de un cuartelazo «clásico» y que no respondía a consignas derechistas, aunque, nadie lo ponía en duda, la actitud de las fuerzas armadas no era unánime. Era asimismo claro que la dirección a recorrer por el proceso estaría alejada de cualquier ideología marxista. Respondiendo al amplio abanico formado por el pensamiento de los oficiales que se unían en esta etapa, las propuestas para una definición ideológica de la «via peruana» a transitar en el futuro se deslizaban desde la democracia parlamentaria hasta el

(1) **José Deniz, La revolución por la fuerza armada**, Ed. Sígueme, Salamanca, 1978.

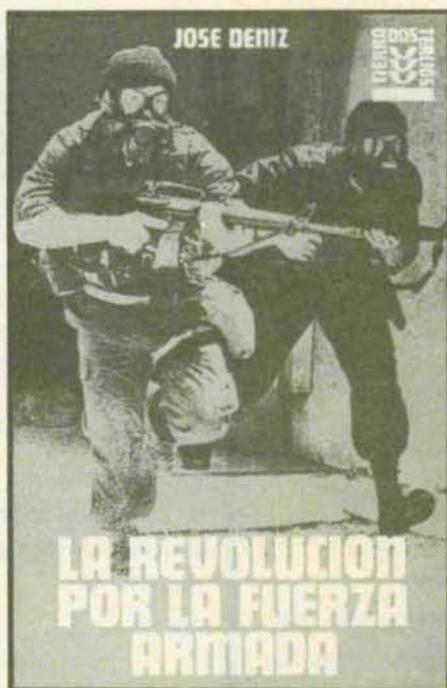
socialismo, con matices que llegaban a la autogestión. Finalmente, sería ensayado un camino intermedio entre la izquierda y la derecha. Justamente los pasos primeros: ataques a la oligarquía tradicional, denuncia antiimperialista, nacionalizaciones, Ley de reforma agraria seguida de expropiaciones y adopción de una actitud «tercermundista», concitaron el máximo interés de los observadores, que comenzaron entonces a interrogarse acerca de sus posibilidades de éxito, métodos, alianzas y, en definitiva, su futuro. La obra de José Deniz ensaya realizar una evaluación de esta experiencia durante el período 1968-1977, puesto que el proceso, si bien ha entrado en crisis, no puede considerarse, históricamente, clausurado.

El proceso, nos señala el autor, tiene dos etapas: 1968-1975, y la que se abre a partir de la caída de Velasco Alvarado y el ascenso de Francisco Morales Bermúdez a la presidencia. Durante la primera, incluso, puede distinguirse una fase inicial, que parecía destinada a producir un cambio profundo en la estructura tradicional de la sociedad peruana, así como a la definitiva emancipación de las presiones que ejercían las multinacionales sobre la economía del país. Nacionalización de compañías extranjeras —entre ellas la International Petroleum Company—; expropiación de grandes haciendas agrícolas que se pusieron en manos de los trabajadores estimulando la autogestión; control, por parte del Estado, de las principales actividades económicas; ley de Estabilidad laboral, etc. Todo ello bajo las presiones de Washington cuando se cumplen expropiaciones como La Brea y Pariñas, o como las tierras de Cerro de Pasco Corporation.

Las influencias de los Estados Unidos se hacen sentir en el otorgamiento de los créditos **stand by** que Perú solicita al FMI, o los préstamos pedidos al BID. La nacionalización de la International Petroleum Company torna aún más amenazante la actitud norteamericana, e incluso se habla de supresión de la ayuda militar: «Durante el gobierno del general Velasco se expropiaron un total de 17 empresas norteamericanas de más de medio centenar instaladas en el país. Pero la política de los Estados Unidos no se limita a estas durezas y al bloqueo financiero. Junto al garrote, esta política se combina con otra más flexible». Los préstamos, final-

mente, comienzan a llegar. La deuda externa es refinanciada; pero asciendo: 788 millones de dólares en 1968 y 2.165 en 1974. El país, nos relata Deniz con cifras impresionantes, nunca gozó de tanto crédito; no obstante, se produce una contracción de la inversión privada nacional y la dependencia financiera de Perú aumenta en términos hasta entonces desconocidos.

Comienza entonces la segunda fase del período de Velasco Alvarado; marcada por el aislamiento de las grandes compañías multinacionales, por la crisis energética, la recesión de la economía internacional, que tuvo fuertes repercusiones sobre el sector exportador peruano básicamente primario y el fracaso de la reforma agraria. Por otra parte, el go-



bierno se había embarcado en la carrera armamentista, sometido como estaba a tensiones regionales que eran un factor de exaltación nacionalista en varios países limítrofes. Así, las bases de apoyo popular que Velasco se había creado durante la primera época, comenzaron a retirarse de sus filas al cundir el desencanto entre los grupos sociales que las integraban.

En el mes de agosto de 1975, un cambio producido por los militares lleva al sillón presidencial a Morales Bermúdez. A partir de entonces el programa, concebido en sucesivos documentos desde 1968 —«Manifiesto de la Junta Revolucionaria», de octubre de ese mismo año; «Plan Inca», de 1974; «Bases ideológicas de la Revolución Peruana», de fe-

brero de 1975—, es desplazado por medidas de austeridad sumamente severas. La situación interna, caótica desde el punto de vista económico; el endeudamiento externo, imposible de soportar para los recursos nacionales; todo ello entregó nuevamente al gobierno al Fondo Monetario Internacional y sus exigencias. Este exigía garantías, seguridad y control de la economía, en pocas palabras: nuevamente la dependencia. «Para un economista y profesor universitario peruano —nos dice el autor— quien rige la moneda de un país rige también su economía». Y, en tanto que el FMI tiene un papel rector en relación con la moneda del país, «estamos, pues, gobernados por el FMI». Agrega que «se está endeudando el país, no con la finalidad de aumentar las inversiones, sino con el objeto de cubrir gastos corrientes». Estas palabras corresponden al año 1977. En ese mismo año la deuda externa peruana superaba los 4.000 millones de dólares; a finales de 1978 sus cifras estaban cercanas a los 9.000 millones: la situación no podía ser peor.

Pese a todo, se había logrado cierta transformación estructural. El propio Deniz señala cada uno de los sectores económico-sociales en que estos cambios se materializaron. El problema, entonces, reside en indagar si estos logros habían alcanzado suficiente profundidad: la respuesta es no. La reforma agraria, por ejemplo, desarticula relaciones existentes y son sustituidas por otras: «Ahora bien, no por ser reforma agraria estructural deja de ser capitalista. Es erróneo pensar que toda transformación estructural no es capitalista. Siguen siendo, y hoy más que ayer, las leyes capitalistas de mercado las que hegemonizan y regulan la estructura socio-económica del país». Y esta conclusión, desde luego, explica en buena parte la crisis del modelo peruano: «Una nueva estructura capitalista se va implantando en el Perú. No es una mera modernización de lo ya existente. Es una nueva fase del desarrollo capitalista que implica un ordenamiento económico-social nuevo. Y donde el Estado adquiere un rol protagónico y central, caracterizando su capacidad interventora y gestora esta modalidad de desarrollo». La obra, puede advertirse, es rica en sugerencias sobre esta experiencia histórica hispanoamericana. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ.